

MARTA GUARCH-RUBIO



PSICOLOGÍA DE FRONTERAS

TESTIMONIOS DE ASILO
EN SUPERVIVIENTES DE GUERRA
Y OTRAS PERSONAS REFUGIADAS EN EL SIGLO XXI

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Psicología de fronteras

Testimonios de asilo en supervivientes
de guerra y otras personas refugiadas
en el siglo XXI

MARTA GUARCH-RUBIO

Psicología de fronteras


Testimonios de asilo en supervivientes
de guerra y otras personas refugiadas
en el siglo XXI

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Marta Guarch-Rubio
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2025

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 530
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

 Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1540-678-7

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1808-2025

*Qué fortuna tener raíces a las que volver
y qué satisfacción tener abuelas
y abuelos a quienes abrazar.*

*A María, a Conchita,
a Vicente y a Jesús.
Gracias por mantener
Burbáguena
y Almonacid de la Cuba
en el mapa de mi corazón.*

*A María,
por mi esperanza
en las nuevas generaciones.*

*A todas las personas cuyo testimonio
forma parte de este libro y a todas
aquellas que me he encontrado
a lo largo del camino*

Esperanza no es lo mismo que optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte.

Václav HAVEL

PRÓLOGO

Un testimonio es un relato de unos hechos vividos en primera persona. La *psicología* se ha interesado por los testimonios desde hace tiempo, ya que presentan relatos de vida que tienen interés desde muchos puntos de vista. La narración que una persona hace de los eventos más relevantes de su vida es clave para la *psicología clínica*. Los recuerdos son el principal elemento en los trastornos de salud mental de más alta prevalencia en las víctimas, como el trastorno de estrés postraumático, los trastornos de ansiedad o la depresión.

Los testimonios, además, se relacionan con el mundo *jurídico*, especialmente los de las *víctimas*, siendo uno de los principales elementos de prueba. La *Historia* se construye en gran parte a partir de los testimonios de las personas que vivieron los acontecimientos de trascendencia *política* y social. El *periodismo* se nutre de ellos. Por todo ello, los testimonios son de gran interés y han sido objeto de manipulación, debate y estudio. En los conflictos armados, los vencedores tradicionalmente se han ocupado de silenciar los testimonios de los perdedores y de manipular su contenido. Solo dando voz a las víctimas, podemos comenzar los procesos de justicia y reparación.

La Psicología del Testimonio, desde hace más de ciento cincuenta años, se ocupa de estudiar los factores que influyen en los testimonios y de desarrollar los mejores procedimientos para su obtención y valoración.

Marta Guarch-Rubio, doctora en Psicología, docente e investigadora, ha dedicado gran parte de la última década a estudiar los testimonios de estas víctimas, a tratar de entenderlas y a apoyarlas en la medida en que eso fuera posible. Con ellos ha ido creciendo. Con ella hemos crecido todos. Todavía recuerdo un día de enero de 2016 cuando Marta, algo distinta de la que es ahora, vino a mi despacho de la Universidad Complutense para proponerme colaborar en el grupo de investigación que dirijo. A partir de ese momento se han sucedido los proyectos de investigación, con el objetivo fundamental de estudiar las características de los recuerdos traumáticos en víctimas especialmente vulnerables, y cómo se ven afectadas por el tipo y cantidad de experiencias sufridas. Conocer cómo diferentes factores influyen en la exactitud, la calidad y la accesibilidad de los testimonios es fundamental para poder desarrollar adecuados procedimientos de apoyo psicológico y para valorar adecuadamente las peticiones de asilo.

Podemos señalar dos formas básicas de hacer ciencia: una se desarrolla desde los despachos y bibliotecas; la otra consiste en el trabajo de campo, arremangarse y bajar a la arena. Marta pertenece a este segundo tipo de científicos. Es una psicóloga de trinchera, comprometida con los más vulnerables y con altos valores éticos. De este modo, no ha dudado en recorrer los lugares más comprometidos, como son los campamentos de refugiados de Grecia, Bosnia o Sáhara, así como la frontera de Turquía con Siria o la de Marruecos con España en Ceuta. Ha estudiado los testimonios de solicitantes de asilo en España e Irlanda, y ha participado en un estudio sobre la calidad de vida de las víctimas del conflicto armado de Colombia después de los acuerdos de paz. Algunos de estos trabajos formaron parte de su tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense.

El trabajo de Marta durante estos años ha sido muy difícil, debiendo afrontar muchos retos. Nunca se ha escondido ante las dificultades. No sin preocupación traté de apoyarla en sus viajes a lugares poco hospitalarios e incluso peligrosos, donde ha evaluado a los migrantes y refugiados, conviviendo con ellos y sufriendo por ellos. Fue Bosnia, sin lugar a duda, el lugar donde Marta sufrió más y adonde, *a posteriori*, yo no le recomendaría volver. No obstante, el viaje a Bosnia fue una oportunidad única de toma de conciencia sobre la brutal realidad del refugiado.

Cuando Marta me propuso solicitar una beca Erasmus, para completar su formación predoctoral en Irlanda, pensamos que sería una buena

oportunidad de enriquecimiento y de experimentar desde dentro qué es ser migrante. Nunca imaginamos que la pandemia iba a complicarlo todo. Aunque Marta sufrió su particular síndrome de Ulises, su fortaleza le permitió completar con éxito su doctorado, aun a cuenta de las dificultades que el sistema nos pone, y donde muchas veces parece que lo relevante no es mostrar la capacidad de enfrentarse a un proyecto científico, sino la de resistirse a las zancadillas de los burócratas.

Este es un libro fundamental para entender la situación por la que pasan muchos refugiados y solicitantes de asilo tras huir de sus lugares de origen. A lo largo de esta obra, Marta nos introduce en los conceptos básicos sobre refugio y protección internacional aportando datos que permiten comprender la magnitud de su situación; señalando los principales obstáculos con que se encuentran a la hora de obtener lo que en derecho les corresponde, según los acuerdos internacionales en materia de Derechos Humanos, y poniendo de manifiesto cómo las situaciones por las que pasan los migrantes forzosos afectan a su salud mental.

A lo largo de sus páginas se reproducen valiosos testimonios de víctimas procedentes de algunos de los más recientes y relevantes conflictos (algunos ya casi olvidados, no por ser antiguos, sino porque han dejado de aparecer en las noticias), recogidos durante los años que desarrollamos los proyectos de investigación. Se trata de los dolorosos relatos de los sufrimientos de víctimas de guerras, crisis económicas o climáticas; víctimas que han sido obligadas a dejar sus hogares, sus familias, sus recuerdos, su historia y su cultura para reinventarse de nuevo, en la mayoría de las ocasiones, lejos de todo lo conocido. En muchas ocasiones huyen de la muerte. Sin embargo, sus voces no hablan de lo dejado atrás, sino sobre todo del sufrimiento del viaje y del rechazo y la violencia vividos en los que debieran ser países de acogida; tanto como para plantearse volver a un país en plena guerra. Como manifestó Wafa, una mujer de sesenta años refugiada de la guerra de Siria, que fue entrevistada por Marta en el campamento de refugiados de Idomeni (Grecia): «Si por lo menos muriese allí [en Siria], mis vecinas me llorarían, porque aquí solo tengo sufrimiento». Wafa volvió a Siria, no sabemos si sobrevivió y, si lo consiguió, en qué condiciones.

El análisis de las características de los testimonios, los trabajos sobre la relación entre los trastornos de salud mental y los recuerdos, y los estudios sobre su papel en los procesos de solicitud de asilo, pueden consultar-

se en las bases de publicaciones científicas y en las referencias bibliográficas al final del libro. Para aquellos que quieren profundizar en estos temas, recomendamos su lectura.

Antonio L. MANZANERO
Director del Grupo de Investigación en Psicología del
Testimonio de la Universidad Complutense de Madrid

Septiembre de 2022

FOREWORD

This book, *The Psychology of the Borders*, should be compulsory reading for people living in our times of human migration and violence which displaced more than 100 million people by 2022. Academics and researchers would benefit from witnessing the humanity and humility of both the suffering and the joy brought by the refugee journeys. Front line workers would learn about the psychology of trauma, memory and resilience, the relationships between war and mental health. Teachers would learn more about the background stories of refugee children in their classrooms, neighbours would empathise with the pain of migrants' losses and randomness of their own good fortune. Students would see beyond labels and stereotypes, into the human reality of migration and displacement, the feelings and smells of being a fugitive without having committed a crime, the uncertainty of living through war.

Overall, we would all learn from this book about what it takes for a person to be uprooted, to move from home, to give up everything, to create new dreams of survival. The psychology of the borders is the psychology of all humanity. We could all be «them»: those seeking asylum, peace and stability, those whose passport do not fit the right criteria, those whose health is ignored, those who suffer the violence of the borders, those who have to convince others of their trauma, their loss and their vulnerability. We could all be the next ones to smell the gun-

powder, to look through the fences from the other side, to give up our «lives as we know them», to start all over again, in a new camp, a new country, new job, new communities, in hard and long journeys with uncertain destinations.

The author of this book, Dr. Marta Guarch-Rubio, explains the psychology behind displacement. During her own journey towards a doctoral degree, the author experienced first-hand the taste and smell of the camps on the borders between the war zones and the safe zones. She came to question the so-called «safety» of the closed European borders, the inhumanity of citizenship laws and national security, which for the migrants is just another type of violence. Through her research and humanitarian work, this author has first-hand experience of how people fight, freeze or fly with the traumatic events, and of how people deal with their traumatic memories afterwards, how they develop resilience and growth. The testimonials from this book have been collected in those journeys of the author to understand and support people who look for asylum and survive war, of people who escape, run and try for a better life.

I have met and worked with Marta since 2017, when she first came to Ireland to expand her doctoral research. I have been transformed by her passion and dedication to those seeking asylum. Since March 2017, we identified a common purpose: put psychology into the service of those who suffer the consequences of war, such as displacement, refugee, resettlement; make the world a better place with our disciplinary knowledge. Marta works with honesty and integrity – not just for academic merit or success, but with authentic moral concern for all involved. Marta is dedicated to give back as much as she can to reward people for the time and trust they put into her research. Marta went beyond gaining a doctoral degree with the highest honours: «Sobresaliente Cum Laude», and she wrote this book! This book is evidence and a model for how one person can change the world: one story at a time, one piece of research at a time, one person at a time. With honesty, integrity, and expertise.

This work could remain contained within the academic ranks, but Marta stayed true to her purpose of changing the world. This book is a way of communicating essential scientific expertise from psychology about the refugee journey and about life at the borders. And this book is also a tribute and a thank-you, a call to action and a plea to our joint

humanity. The true stories of the survivors captured in these pages are the voices that urge us to pay more attention! The author invites us to hear the voices from the borders, in their raw humanity. Understanding the human struggle should determine us to use our privileges, our power, our safety to protect and reach out to those who happened to lose theirs, by no fault of their own. Understanding the psychology of survival should empower us to look for strengths in the «victims» of war, to provide opportunities for growth and open avenues for new careers, new dreams and new lives for the «survivors» of displacement.

Read this book if you want to first understand, and then respond to the refugee crises of our times. Marta's way of teaching is by giving us insights into the human spirit and the science of it. The pages are filled with her humility, her passion and dedication to the people she speaks for. These pages invite us into a world that many of us are too privileged to witness directly, but which awaits and demands our collective responses. The violence of the borders deems some people less human than others; they deprive people of their dignity and human rights, this violence and these borders are our collective responsibility!

If you needed a reason to engage in humanitarian action, you will find it here, in the story of human suffering and the psychological challenges of overcoming the trauma of war, displacement and migration. If you needed a way to explain to others why and how psychology can help restore the mental health of those who suffered displacement, you will find it in this book, too. If you need to know how to engage with the refugees and how to support them in their journeys, this book will give you the best grounding into the things that matter for people's minds, bodies and souls. I wish that this book will transform you, the way its extraordinary author, Dr. Marta Guarch-Rubio, transformed me into a better person and a more prepared professional.

Dra. Anca MINESCU
University of Limerick, Ireland

November 2022

INTRODUCCIÓN

Dibujar la realidad de las migraciones requiere hacer uso de cifras y de conceptos. A término de 2022, 108,4 millones de personas se encontraban mundialmente en situación de desplazamiento forzado y no podían regresar a sus lugares de residencia (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados [Acnur], 2023). Desde hace unos años, la amplia escala de conflictos armados, de consecuencias por el cambio climático y de vulneraciones de derechos humanos por motivos étnicos, políticos, de raza, de género o de conciencia fuerza al desplazamiento de individuos y de comunidades. Junto a estos antecedentes, la globalización y el uso extendido de las nuevas tecnologías propician un incremento de los flujos migratorios alrededor del planeta. Así, la confluencia de *push-factors* (guerras, terrorismo, catástrofes medioambientales...) y de *pull-factors* (supervivencia o deseo de una vida mejor) fuerza la huida de poblaciones en Oriente Medio, África, Latinoamérica y ciertas regiones de Asia. En este contexto, resulta incluso anacrónico el titular mediático que alertaba hace unos años sobre el número de refugiados que superaba incluso las cifras de la Segunda Guerra Mundial. Entre otros motivos, porque el aumento de personas desplazadas forzosamente alcanza máximos históricos año tras año. La década de 2010 a 2019 ha pasado a la historia como la de los nuevos y los prolongados desplazamientos (Acnur, 2020). Pese a ello, la migración no se constituye como un fenómeno reciente.

En 1951, con objeto de gestionar la reubicación de desplazados forzados europeos tras la Segunda Guerra Mundial, se definió el concepto de «refugiado» en la Convención de Ginebra. Para proteger a las personas que huyen de situaciones de conflicto y de persecución, las Naciones Unidas establecieron el derecho a protección internacional y el principio de no devolución; en francés, *non refoulement* (United Nations, 1951, art. 33). En consecuencia, 142 países firmaron la Convención y reconocieron dos vías jurídicas de acceso a la protección internacional, que son el Estatuto de los Refugiados y la protección subsidiaria. A esto se añade que algunos Estados europeos como España permiten la residencia temporal de solicitantes de asilo por razones humanitarias, siendo esta una figura jurídica de aplicación nacional regulada por la Ley de Extranjería.

De acuerdo con la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados, United Nations (1951, art. 1) considera «refugiado» a una persona que, «debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país; o que, careciendo de nacionalidad y hallándose, a consecuencia de tales acontecimientos, fuera del país donde antes tuviera su residencia habitual, no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera regresar a él». Pese a lo explícito de la definición, el discurso coloquial y mediático asume equivocadamente como «refugiados» a todo el conjunto de personas que se ven forzadas a desplazarse en busca de protección, lo que puede llevar a confusiones conceptuales. En esta dirección, no todas las solicitudes de asilo se resuelven con el Estatuto de los Refugiados, siendo este la máxima garantía jurídica de protección con carácter permanente. Como se ha mencionado, la protección subsidiaria permite el asilo temporal cuando el solicitante, sin ser apátrida ni cumplir criterios para ser refugiado, necesita protección ante el riesgo de sufrir fundados daños si regresa a su lugar de origen o residencia (Ley 12/2009, del 30 de octubre, BOE n.º 263).

De acuerdo con los datos de la Oficina Estadística de la Comisión Europea (Eurostat, 2023), a lo largo de 2022, 881 220 personas solicitaron protección internacional por primera vez en los Estados miembros de la Unión Europea (UE), lo que supuso un aumento del 64% comparado con el año 2021. Por primera vez, Alemania, Francia, España y Austria se

convirtieron en los principales países de destino para los solicitantes de asilo en Europa. A su vez, a escala mundial existen 35,3 millones de refugiados, 62,5 millones de personas desplazadas forzosamente y de forma interna, dentro de su país, 5,4 millones de solicitantes de asilo y 5,2 millones de personas necesitadas de protección internacional (Acnur, 2023). Como se observa, las peticiones de asilo en Europa resultan residuales en comparación con el total de la población necesitada de protección internacional en un marco global. Entre otros motivos, la migración transfronteriza tiende a producirse hacia países limítrofes y, en el caso de Europa, hasta la guerra de Ucrania no se había reconocido un conflicto armado contemporáneo sobre suelo europeo. En esta línea, el 70 % de las personas acogidas en 2022 lo hicieron en países vecinos, el 76 % fueron acogidos en países de renta baja y media y Alemania es el único país europeo que figura en los cinco primeros países de acogida a refugiados (Acnur, 2023). A estos datos habría que sumar aquellas personas que no son consideradas como «refugiadas medioambientales» pero que, por el cambio climático y por los desastres naturales, se han visto obligadas al desplazamiento forzoso (Dutta, 2019). En los próximos años se hará precisa una protección jurídica para estos colectivos o la implantación de acciones específicas que garanticen su supervivencia, dado que la tendencia de desastres medioambientales está al alza.

El análisis de las diferentes categorías migratorias mencionadas no refleja conceptualizaciones fijas ni excluyentes, sino que sugiere movilidad y un carácter superpuesto entre ellas. Un mismo individuo puede ser solicitante de asilo y convertirse en migrante irregular si se le rechaza la petición y, al mismo tiempo, el migrante que llega por vías irregulares puede convertirse en refugiado o encontrar un trabajo a través del cual puede regular su situación migratoria (World Health Organization [WHO], 2018). Ampliando el enfoque, nadie está a salvo de no convertirse en migrante, pese a que el lugar de procedencia sea un factor que incida en las probabilidades. Además, el motivo migratorio condiciona el proceso de la migración y define la vulnerabilidad del asentamiento en los países de acogida (Achotegui, 2009). Por ende, migrantes y refugiados requieren necesidades específicas diferenciadas (Carling *et al.*, 2020).

La guerra que obligó a crecer a toda una generación

Leila, diecinueve años, Siria (Alepo)

Irlanda

Me encontraba tomando café en un local frecuentado por personas de Oriente Medio en una pequeña localidad irlandesa. Si estuve allí fue gracias a Rami, cuya historia mencioné anteriormente, y él fue quien me introdujo en el grupo. Nuestras conversaciones ese día giraron en torno a nuestros países de origen, a las dificultades de encontrar un trabajo cualificado sin los papeles en regla y, cómo no, acerca del tedioso clima irlandés. Esa tarde conocí a Leila, una chica joven de Siria, quien sin mucha dilación me preguntó de qué trabajaba y qué hacía allí. «Allí... ¿Dónde? ¿En el café o en Irlanda?», le dije. «En general», me respondió. Me quedé sorprendida con su pregunta tan directa, y le conté que era psicóloga, que trabajaba en cuestiones relacionadas con el trauma en personas refugiadas y que había recibido una beca para estar un tiempo en una ciudad de Irlanda. Leila asintió inquisitivamente y, escudriñando el gesto, me espetó: «Cuéntame qué es el trauma».

Le conté que, en ocasiones tales como la guerra, se viven situaciones muy intensas a nivel emocional en las que la persona percibe que su vida está en peligro o que la vida de terceros está en riesgo, o incluso la persona está presente mientras otros fallecen a su lado. «En este contexto —proseguí—, la persona puede, sin quererlo, revivir el hecho en otros momentos, tener pesadillas, *flashbacks* y, en consecuencia, intentar evitarlo sin mucho éxito». Además, le añadí que puede pasar que la persona viva estados de nerviosismo, irritación, hiperactivación, distanciamiento social y emocional, y que todo ello esté asociado a una experiencia traumática. «Más o menos eso sería el trauma; en concreto, el trastorno de estrés posttraumático (TEPT), que es una de las formas psicológicas de identificar el trauma. Serían los síntomas de lo que la experiencia traumática dejó como huella en la persona. No sé si me explico. —La miré buscando una afirmación—. Si pasa, puede tratarse y podríamos decir que son respuestas normales ante eventos desproporcionados, anormales —concluí—». Leila no me preguntó por nada más, pero me dijo que, si necesitaba, por mi trabajo, historias de trauma y de guerra, ella tenía una. Quedamos esa misma semana.

Nací y me crié en Alepo hasta que estalló la guerra —comenzó diciendo—. No te podría decir un evento terrorífico de la guerra porque, o bien tengo muchos y no sé cuál escoger, o los que me perturban no son tan terroríficos; quiero decir, de tanto miedo o de estar tan en riesgo mi vida, como tú me explicaste —matizó—. La guerra en sí es miedo: hay explosiones y francotiradores por todos lados. Sin embargo, más allá del miedo a los bombardeos y a que pudiesen detonar mi casa con nosotros dentro, recuerdo el miedo de que mi madre saliese a por pan, porque sabías que podía no volver. Esos eran mis peores miedos; los temores cotidianos eran los que más inseguridad me daban —añadió.

»Antes de la guerra, éramos una familia feliz y vivía con mi madre, con mi padre y con mis tres hermanos pequeños. Sin embargo, al poco tiempo de que estallase el conflicto, a mi padre lo secuestró el Gobierno de Bashar al-Ásad. Fue de las primeras personas en desaparecer, porque él era activista y un fiel defensor de los derechos humanos. Su desaparición rompió nuestra familia y los roles familiares cambiaron. De repente, con doce años, me hice mayor; fui adulta de un día para otro. Con mis hermanos pequeños, mi madre empezó a demandarme tareas que nunca había hecho, aunque entiendo que ella también estaba desbordada —apuntó comprensivamente.

»De entre todas mis nuevas funciones de adulta, una marcó mi vida para siempre —anticipó—. Tras la desaparición de mi padre, me tuve que encargar de ir diariamente a uno de los centros gubernamentales donde publicaban, cada 24 horas, los listados fotográficos de los fallecidos desaparecidos. Era una especie de álbum donde había fotos de las personas asesinadas. En la gran mayoría de las imágenes, las víctimas tenían los rostros desfigurados por la violencia y por la tortura que habían sufrido —recordó—. Cada mañana me levantaba y sabía que esa era mi primera tarea del día: acudir al centro para ver si encontraba la foto de mi padre. No sé cómo saqué fuerzas para hacerlo, pero lo hice. Día tras día, mi padre no aparecía e iba encontrando a otras personas del barrio. En las fotografías reconocí a padres de amigas, a mi profesor de matemáticas, a vecinos... Y era una sensación muy amarga y desalentadora. Actualmente, me persigue la culpabilidad de haber querido que mi padre apareciese en las fotos para dejar de tener que buscarlo cada mañana —expresó con arrepentimiento—. Al cabo de unos meses, encontré su foto y fui yo quien se lo comunicó a mi madre y a mis hermanos, asegurándoles que no había duda de que era él. Esta imagen me persigue, sueño con ella y se me aparece sin que yo lo quiera. No obstante, fue un alivio para mí y creo que para mi madre también porque, a partir de ahí, decidimos dejar Siria —expresó—. Nos costó mucho gestionar su muerte, porque no pudi-

mos realizar el entierro, ya que nunca recibimos su cuerpo, a pesar de haberlo pedido. Fue entonces cuando mi madre decidió que era el momento de marchar. Mi madre y yo hablamos poco de este tema, pero, cuando lo hemos hecho, las dos coincidimos en que nos hubiera gustado tener la oportunidad de despedirnos de él —reflexionó tristemente.

»Al poco tiempo, dejamos Siria a pie y nos refugiarnos en el Líbano, donde estuvimos viviendo en tiendas de campaña. Como yo era la mayor de mis hermanos y mi madre tenía que cuidarlos, me puse a trabajar en una tienda para recibir algo de dinero. Sin embargo, trabajaba mucho, me pagaban poco y me trataban fatal. Como en el Líbano hay muchas personas refugiadas, se aprovechaban de nosotras —recordó cabeceando—. Además, nuestra familia sufrió mucha discriminación porque no había un hombre que fuera un cabeza de familia y recibimos malos tratos y abusos. Por estas circunstancias tan insostenibles, ser una familia numerosa, sin un padre, y porque tuvimos suerte, nos admitieron en un programa de reunificación y llegamos a Irlanda en un vuelo hace un año. Aquí mi familia y yo tratamos de reconstruirnos día a día, pero es difícil dejar atrás todo lo que te cuento. Más que difícil, es imposible —concluyó.

De viajar por medio mundo a quedar varado y sin pasaporte

Ahmed, cuarenta y nueve años, Baréin

Irlanda

Era media mañana y el caudal de uno de los ríos más populares de Irlanda arrastraba con fuerza. El sonido del agua, la niebla y la llovizna hacían del lugar un espacio sombrío, melancólico y nostálgico por definición. En la orilla del río, Ahmed y yo nos encontramos y tomamos café en un lugar cercano. Pese a que habíamos coincidido en varios encuentros organizados por el Movement of Asylum Seekers in Ireland (MASI), él no se decidió a quedar conmigo y a contarme su historia hasta que no pasaron varios encuentros informales. Previa al encuentro, nuestra última conversación giró en torno a la Primavera Árabe de 2011 y a la repercusión que esta tuvo sobre su vida y sobre su persona, incluso sin ser él activista ni haber participado en las revueltas. Pensar en Ahmed me lleva a sus palabras sobre la inestabilidad asociada a las protestas de Baréin en 2011, donde aprendió que, para conocer a las personas, hay que analizar el momento en el que se vive y el cómo se manejan dentro del contexto incierto al que a veces la vida te lleva. «Si algo me ha enseñado mi historia, es que no puedes confiar en todo el mundo, prácticamente en nadie, y que no hay que dar nunca las cosas por hecho, porque nunca sabes quién te necesitará o a quién necesitarás», me dijo comenzando así con su testimonio:

Hasta que todo empezó, yo tenía una vida muy acomodada y pertenecía a la alta sociedad de Baréin. Trabajaba como ingeniero aeronáutico para la compañía aérea de la monarquía y he viajado por medio mundo. Un buen día, en el contexto de la inestabilidad política tras las revueltas de la Primavera de 2011, agentes del Gobierno se presentaron en mi casa y textualmente me dijeron: «O trabajas para nosotros y nos proporcionas información o te vamos a arruinar la vida». Querían que actuase como espía y me negué. Sin embargo, consiguieron arruinarme la vida —se lamentó de forma certera y estoica—. Mi familia está dividida: mi mujer y mis hijos viven bajo condiciones de refugio en Alemania y, como yo no tengo pasaporte, no podemos reunirnos. En Baréin me quitaron mi casa, mis pertenencias y, tras unos meses de episodios de extorsión, me llevaron a prisión. En la cárcel, me informaron de que habían matado a mi hermano y me hicieron responsable de su muerte, ya que fue asesinado por personas del

Gobierno y lo relacionaron conmigo —dijo tomando aliento y respirando intensamente—. También soy superviviente de tortura. La humillación es lo más cruel que pueden hacerle a una persona. La tortura te destruye, te anula como individuo y ya nunca vuelves a ser la misma persona —añadió—. Ahora me encuentro sin absolutamente nada; trato de sobreponerme a las circunstancias día tras día y encuentro en el humor y en la broma el afrontamiento y la evitación. He dejado de comparar la vida que tuve y la vida que tengo. ¿Para qué? Si solo trae dolor... —zanjó firmemente—. Si hablo del ahora, te diré que la institucionalización en la que vivo me consume; siento que me sustrae mi individualidad y mi esencia. Vivo en la espera, esperando a que todo cambie, a que se resuelva mi documentación, a que la vida me proporcione alegrías y, mientras tanto, participo en todas las actividades que puedo para sentir que hago cosas. Sin embargo, cada día estoy más cansado.

Ahmed y yo volvimos a quedar en alguna otra ocasión e incluso organizó una comida tradicional de Baréin en mi casa. Contaba que añoraba el no poder cocinar ni poder comer platos tradicionales de su país ya que, en el centro para refugiados donde vivía, no tenían la posibilidad de cocinar. Con el tiempo perdimos el contacto. Sin embargo, un día volviendo de dar clase en la universidad me lo encontré en el autobús regresando al centro de la ciudad. Me dijo que había conseguido el estatuto como refugiado y que se había apuntado a la universidad para estudiar un máster. Había decidido, de momento, quedarse en Irlanda. Acorde con lo que me contó, el tiempo no había pasado en balde y la distancia con su mujer había quebrado la relación. Por lo tanto, contrario a lo que siempre pensó, no llevaba intención de reconstruir su vida familiar en Alemania.

En marzo de 2022, recibí una llamada desde Irlanda. Personas que teníamos en común contactaron conmigo para informarme de que Ahmed había sufrido un ataque al corazón y había fallecido en su casa. A través del teléfono, recordamos los buenos momentos vividos con él. Pese a las circunstancias, me alegró saber que murió sin sufrimiento y disfrutando de una etapa feliz en su vida.

¡Cómo cambian los sueños!

Sharid, veintinueve años, Pakistán

Irlanda

Nos conocimos a través de un educador social que trabajaba en el centro en el que Sharid vivía institucionalizado esperando su respuesta a la petición de asilo. Ese mismo día accedió a que lo entrevistase, pero me puso la condición de saber exactamente qué fines tenía el trabajo que estaba realizando. «Te quiero conocer», me dijo. Entendí que era su forma de ponerme a prueba y acepté. A los pocos días quedamos para tomar un café y acabamos en una exposición de arte moderno. Allí, sentados sobre unos taburetes del museo, solucionamos dialécticamente el mundo y digamos que me aprobó. Aquella mañana, los dos hablamos de nuestras respectivas vidas y de la necesidad de mirar siempre hacia delante: él claramente desde una posición de menor privilegio que la mía.

«Hace siete meses que vivo en uno de los centros que este país tiene reservados para personas refugiadas, pero no es un edificio como los otros centros que hay en la ciudad. Nosotros lo llamamos la “prisión abierta” (*open prison*)». «¿Por qué ese concepto?», le pregunté. Él me respondió que «porque era un antiguo colegio situado muy a las afueras de la ciudad, al que solo podías acceder en un autobús que pasaba dos veces al día».

Sharid prosiguió:

La sensación de aislamiento y de olvido que vivimos es total. Es como los presos en la vida real; por eso la llamamos la «prisión abierta». Somos 80 hombres conviviendo en un lugar pequeño, con apenas seis baños para todos y quienes estamos ahí tenemos alguna incidencia legal con nuestra petición de asilo. Tal vez por eso sea el peor lugar de entre los lugares para refugiados. Casi todos quienes pasamos por este lugar somos deportados y eso lo sabemos. Somos hombres encerrados en una jaula de desolación y con un ánimo depresivo generalizado. No tenemos ninguna posibilidad de ir a ningún lugar ni de trabajar y la gente a veces ya no quieren ni hablar entre ellos —se lamentó.

»En mi caso, soy nacido en Pakistán; fui a Reino Unido y solicité asilo. A los pocos días, me vi envuelto en una situación de *trapicheo de hachís*. Básicamente, en la casa en la que me habían dejado dormir algunas noches, había otras personas que negociaban con cánnabis y,

a los pocos días de estar viviendo ahí, la policía entró y todos acabamos detenidos y procesados. Le expliqué a la policía y al juez que era imposible que con el poco tiempo que llevaba en el Reino Unido tuviese algo que ver con el asunto, pero no importó. En ese momento, supe que volvía a estar en el momento erróneo y con las personas equivocadas. Hablé con otros solicitantes de asilo y me dijeron que, con los antecedentes penales por este incidente, no me concederían el asilo. Pensé mucho acerca de mi futuro y decidí subir de forma ilegal en los bajos de un camión y venir a Irlanda para volver a intentarlo. En realidad, no sabía muy bien cómo funcionaban estas leyes y, una vez aquí, me he enterado de que soy «un *Dublín*». Esto significa que, hasta que se resuelva mi petición de asilo, tengo que permanecer en el país en el que hice la solicitud. Por tanto, me devolverán legalmente al Reino Unido para solucionar mi trámite, por los antecedentes me denegarán el asilo y, por último, me deportarán a Pakistán. Esta será mi historia en los próximos meses.

El silencio se adueñó de la conversación. Nos miramos y cabeceamos. «El lugar inoportuno en el momento menos indicado», pensé. «Mientras tanto, ¿qué? Me han comentado que eres muy proactivo y que estás organizando una campaña de denuncia para visibilizar la situación en la que os encontráis», le pregunté:

Sí, junto con más compañeros del centro queremos hacer una campaña para denunciar cómo cambian los sueños desde que sales de tu país hasta que ves la realidad una vez que llegas. Quiero decir... Es inevitable que, si estás forzado a salir de tu país, la seguridad sea lo primero que tienes en la cabeza, pero siempre se proyecta en Europa. Tienes ideas, expectativas... y la realidad cuando llegas es totalmente diferente a lo que has imaginado. La base de este proyecto es ver cómo cambian los sueños. Yo estudié Diseño y pensé que en Europa, una vez que me concediesen el estatuto de «refugiado», podría mejorar, o incluso seguir estudiando, porque hablo inglés sin problemas. Mi sueño era estar seguro, dejar atrás el peligro de Pakistán, olvidar los problemas personales que me llevaron a solicitar asilo y empezar una nueva vida aquí. Projecté en eso. Hoy día, mis sueños son que acabe la pesadilla de mi posible deportación, que tenga opción a trabajar, que pueda conseguir dinero para salir del centro en el que estoy y poder venir a la ciudad, entre otros. ¿Te das cuenta? Son sueños diferentes —puntualizó—. En la parte de organización del proyecto, somos dos o tres, pero todo el mundo del centro quiere colaborar; está teniendo buena acogida —añadió riendo—. Depende del día: unos

están más motivados que otros, pero siento que será algo muy colectivo. Nos gustaría crear un cartel en el que aparezcamos cada uno de nosotros y asociar nuestros sueños iniciales con una foto de carné nuestra. La idea sería asociarnos un número en el cartel como si estuviésemos presos. Quiero decir: tipo prisioneros americanos. Y visibilizar las condiciones en las que vivimos para sacar a la luz el concepto de *open prison* —matizó entre risas y ensoñando.

Sharid y yo volvimos a quedar en varias ocasiones. Visité el centro en el que residía, en sus palabras la *open prison*. De esta manera, comprobé que no solo era cierto todo lo que contaba, sino que era insuficiente. La percepción que aún mantengo fue la de encontrarme en ese espacio con muchos hombres de vidas sesgadas, sin ilusión ni perspectiva de futuro; en definitiva, la impregnación emocional que envuelve a las personas que esperan su propia deportación. Recuerdo la vuelta a la ciudad con mi compañera Dervla, las dos en silencio en su coche y con un único comentario: «Era mucho peor de lo que habíamos imaginado». A las pocas semanas, junto con otras compañeras pusimos a disposición de Sharid algunos recursos para contribuir al desarrollo de su proyecto social. Sin embargo, Sharid fue deportado al Reino Unido y, con total seguridad, habrá sido deportado a Pakistán. Perdimos el contacto y el proyecto de *open prison* no se materializó.

ÍNDICE

Prólogo (Antonio L. Manzanero)	11
<i>Foreword</i> (Anca Minescu)	15
Introducción	19
Barreras y vulnerabilidades en el acceso al derecho a protección internacional	23
Crónica de posturas enfrentadas. Del rechazo a la acogida de personas refugiadas	27
El estudio de la salud mental en contextos de desplazamiento forzado.....	31
La importancia del testimonio en los procesos de asilo	35
Testimonios de asilo en supervivientes de guerra y otras personas refugiadas en el siglo XXI.....	37
<i>Shukran, habibi</i>	37
Epigenética del exilio como mecanismo de reacción.....	40
La guerra que obligó a crecer a toda una generación.....	43
De viajar por medio mundo a quedar varado y sin pasaporte ..	46
¡Cómo cambian los sueños!	48

La desilusión de la realidad	51
Rasmia africana	54
¡Qué mal huele la guerra! Huele a sangre, huele a pólvora	56
Un día más será un día menos.....	59
Amor y asilo, dos caras frecuentes de la misma moneda	61
Incertidumbre ante una historia de asilo carente de pruebas....	63
No solo matan las bombas	66
Cuando tú no vives una vida, tú estás muerta.....	68
De haberlo sabido, no habría venido	71
Quien tiene una hermana tiene un tesoro	73
Fugitivo, sin delito	77
¿Qué más necesita Europa para darme asilo?.....	82
<i>Al-ḥamdu lillāh, Zayd</i> , todo bien	86
Nadie quiere que nada cambie	89
Cuando el alma es lo que duele	92
A modo de conclusión.....	95
Agradecimientos.....	103
Referencias	105

ESTUDIOS

Psicología de fronteras reflexiona sobre la salud mental en las personas desplazadas. Revisa datos, conceptos y posturas enfrentadas. Reconoce las barreras y las vulnerabilidades en el acceso a la protección internacional. Incluye veinte testimonios de personas desplazadas forzosamente y concede el protagonismo a sus narrativas como llaves de entrada a Europa en los procesos de análisis de credibilidad y asilo. El libro es una invitación a que cada persona reflexione por sí misma en torno a qué podría hacer para dejar de mirar a otro lado y construir un mundo más humano, y acerca testimonios reales que podríamos escuchar a no muchos kilómetros de nuestros domicilios.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza